



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Sociología

Documento de Cátedra N° 1

Traducción resumida del inglés al español

Julieta García Hamilton (s/f)

Michael Huberman y Matthew B. Miles (1994), “Métodos para el manejo y análisis de datos”, en Norman Denzin & Yvonnas Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, Sage publications.

Cátedra de Metodología y Técnicas de la Investigación Social

Profesora Titular: Ruth Sautu

Este Documento de Cátedra forma parte de una serie que tiene como propósito contribuir a la formación de alumnos de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires en cuestiones vinculadas al diseño y realización de investigaciones científicas en el campo de las ciencias sociales. Su contenido complementa los textos de metodología de lectura obligatoria y optativa incluidos en cada uno de los tres cursos que se dictan en la Carrera.

Estos documentos son material de uso interno y no pueden ser incorporados a ediciones impresas ni reproducidos comercialmente.

La Cátedra solicita a los usuarios de estos Documentos que citen a sus autores indicando las referencias completas, es decir: autores, fecha, título, número y tipo de documento (traducción, resumen, elaboración propia, etc.). En los casos en que el usuario utilice sólo parte del documento, haciendo referencia a algunos de los autores/obras originales allí incluidos, consignar que fue tomado de nuestro Documento de Cátedra. Por ejemplo:

E. O. Wrigth (1985), *Classes*, London: Verso, citado en Documento de Cátedra II.1., Plotno, G., Lederman, F. & Krause, M. (2007) “Escalas Ocupacionales”.

Definiciones y supuestos.

Las discusiones sobre el manejo y análisis de datos cualitativos se han tornado más diferenciadas e integradas durante la década pasada. En 1976, la revisión de Sieber de siete textos respetados sobre métodos de investigación de campo halló que el analista cualitativo tenía pocas pautas para protegerse contra el auto-engaño, una vez dejado solo frente a conclusiones poco confiables o más generalmente inválidas.

Hoy hemos llegado a estar lejos de aquel estado de cosas. La base de datos que consultamos para la preparación de la edición de 1994 de *Qualitative Data Analysis: An Expanded Sourcebook* se había más que triplicado desde la publicación de la primera edición (Miles y Huberman, 1984, 1994). Existen nuevos periódicos, varios manuales, innumerables conferencias sobre temas cualitativos, grupos especiales de interés, y nuevos paquetes informáticos. Es una industria en crecimiento. Como resultado, muchos nuevos textos, incluyendo el presente, ya han vuelto obsoleto el hallazgo de Sieber. Gradualmente, el oficio del manejo de datos se está volviendo explícitamente compartido. No obstante, queda mucho por hacer. Las discusiones competitivas, polémicas, son desenfrenadas. Todavía es poco probable que un investigador pueda escribir un estudio de caso a partir de las notas de campo de un colega que fuera plausiblemente similar al original.

En este capítulo, nos centramos en el manejo de datos y los métodos de análisis, con el objetivo de apuntar hacia el trabajo útil y también hacia los problemas irresueltos. A su turno, reseñaremos algunos presupuestos y definiciones básicos, discutiremos los temas de la recolección sistemática y el manejo de datos, y luego nos volcaremos hacia los problemas del análisis de datos – aquellos que surgen antes de y durante la recolección temprana de datos, así como los que surgen más tarde, tanto dentro de como entre casos. Concluimos con algunos asuntos generales del análisis: la importancia del despliegue de datos, las amenazas a la validez analítica, y la importancia de la “transparencia” – compatibilidad – en los procesos de manejo y análisis en sí mismos.

Definiciones de trabajo.

En este capítulo, definimos *manejo de datos* pragmáticamente como las operaciones necesarias para lograr un proceso sistemático, coherente, de recolección, almacenamiento y recuperación de datos. El objetivo de estas operaciones es asegurar: (a) datos accesibles y de alta calidad; (b) documentación de cuáles análisis ya han sido llevados a cabo; y (c) retención de datos y análisis asociados una vez completo el estudio.

Nuestra definición de *análisis de datos* contiene tres subprocesos ligados entre sí (Miles y Huberman, 1984, 1994): reducción de datos, despliegue de datos y extracción de conclusiones (ver figura 27.1). Estos procesos ocurren *antes* de la recolección de datos, durante el diseño y planificación del estudio; *durante* la recolección de datos conforme se llevan a cabo los análisis provisorios y tempranos; y *después* de la recolección de datos cuando se abordan y completan los productos finales.

Con la *reducción de datos*, el universo potencial de datos es reducido de manera anticipada conforme el investigador elige un marco conceptual, preguntas de investigación, casos e instrumentos. Una vez que las notas de campo, las entrevistas, cintas u otros datos están disponibles, resúmenes de datos, codificaciones, búsqueda de temas, agrupamiento y redacción de historias, son todas instancias posteriores de selección y condensación de datos.

El *despliegue de datos*, definido como un montaje organizado y comprimido de información que permite la extracción de conclusiones y/o la toma de acción, es una segunda e inevitable parte del análisis. Típicamente, el investigador necesita ver un conjunto reducido

de datos como base para pensar sobre sus significados. Los montajes más focalizados pueden incluir resúmenes estructurados, sinopsis (Fischer y Wertz, 1975), viñetas (Erickson, 1986), diagramas en forma de red o de otros tipos (Carney, 1990; Gladwin, 1989; Strauss, 1987; Werner y Schoepfle, 1987a, 1987b), y matrices con texto en lugar de números en las celdas (Eisenhardt, 1989^a, 1989b; miles y Huberman, 1984, 1994).

La *extracción de conclusiones y verificación* implican al investigador en la interpretación: extrayendo significado de los datos desplegados. La gama de tácticas utilizadas es amplia, yendo desde el amplio y típico uso de la comparación/contraste, la advertencia de patrones y temas, el apiñado y la utilización de metáforas, hasta las tácticas confirmatorias, como la triangulación, la búsqueda de casos negativos, la persecución de sorpresas [following up surprises] y el chequeo con los respondientes de los resultados (Miles y Huberman, 1994). Muchos estudios de este aspecto del análisis demuestran que hay un conjunto múltiple e iterativo de tácticas en juego (Chesler, 1987; Fischer y Wertz, 1975; Schillemans et. al., n. d.) más bien que una o dos centrales. En este sentido, podemos hablar de “transformación de datos”, ya que la información es condensada, apiñada, clasificada y vinculada a lo largo del tiempo.

Algunos presupuestos epistemológicos.

Es saludable para los investigadores dejar en claro sus preferencias. Saber cómo los investigadores construyen el perfil del mundo social y cómo se proponen darnos una descripción creíble de él, es saber a quién tenemos del otro lado de la mesa. Cuando, por ejemplo, un realista, un teórico crítico y un fenomenólogo social están compitiendo por nuestra atención, importa mucho saber de dónde viene cada uno. Tendrán visiones diferentes de lo que es real, de lo que es cognoscible y de cómo estos hechos sociales pueden ser interpretados fielmente (Gubba, 1990; Phillips, 1990; Ratcliffe, 1983).

En nuestro caso, nos hemos declarado “realistas” (Huberman y Miles, 1985), pero más precisamente “realistas trascendentes” (Bhaskar, 1978, 1989; Harré y Secord, 1973; Manicas y Secord, 1982). Fundamentalmente, pensamos que los fenómenos sociales no existen solamente en la mente, sino también en el mundo objetivo, y que pueden encontrarse algunas relaciones bajo la forma de leyes relativamente estables entre ellos. El carácter de ley proviene de las secuencias y regularidades que vinculan a los fenómenos entre sí; es a partir de éstas que derivamos los constructos que describen la vida social e individual.

Esta postura reconoce la naturaleza social e histórica del conocimiento, así como la creación de significado en el centro de la experiencia fenomenológica (Packer y Addison, 1989; Polkinghorne, 1988). Nuestro objetivo es “trascender” estos procesos construyendo cuidadosamente explicaciones que puedan describirlos plausiblemente. Así, el realismo trascendente busca la explicación causal y la evidencia para mostrar que cada entidad o evento es una instancia de esa explicación. Por lo tanto se necesita no sólo una estructura explicativa sino también un informe descriptivo cuidadoso sobre cada configuración particular. Esta es una razón por la cual nosotros y otros nos hemos inclinado hacia métodos más descriptivos pero también más inductivos de estudio.

Manejo de datos

Los estudios cualitativos – especialmente aquellos hechos por investigadores sin experiencia o solitarios – son vulnerables en lo que se refiere al manejo de datos. Kvale (1988) proporciona un enroscado análisis de la ingenua pregunta: “Cómo puedo encontrar un

método para analizar las 1000 páginas de transcripciones de entrevistas de tal manera que he reunido?” Su primera respuesta es: “Nunca conduzca una investigación con entrevistas de tal manera que llegue a la situación en que tenga que hacerse tal pregunta” (página 90).

De qué clase de datos estamos hablando? Abstractamente, los datos cualitativos refieren a esencias de personas, objetos y situaciones (Berg, 1989). Esencialmente, una experiencia en bruto es convertida en palabras, típicamente recopiladas en un texto extenso.

Una porción de la experiencia en bruto puede también ser capturada como imágenes quietas o en movimiento; estas imágenes pueden ser usadas en una variedad de formas, muchas de las cuales también incluyen la conversión a o vinculación con palabras. Ver especialmente Harper (1989) sobre diversos modos de análisis de imágenes. Ball y Smith (1992) también nos ayudan a ver que las imágenes no son en más “realistas” que las palabras, y que pueden considerarse tan objeto de interpretación y de apelación como el lenguaje, que dependen del contexto, que pueden ser falseadas, etc.

Las palabras en juego están típicamente basadas en *observaciones, entrevistas o documentos* (como sostiene Wolcott, 1992, “observar, preguntar o examinar”) y son llevadas a cabo cerca de un escenario local durante un período sostenido. Estos modos de recolección de datos pueden ser muy abiertos, no estructurados y llevados por los eventos, o más estrechamente definidos, estructurados y conducidos por el investigador.

Normalmente, la información recientemente recolectada no está inmediatamente disponible para el análisis, sino que requiere un cierto *procesamiento*; las notas de campo en bruto pueden ser jeroglíficos indescifrables para cualquiera que no sea el investigador, y deben ser corregidas, extendidas, editadas y mecanografiadas. Las cintas de audio deben ser transcritas, corregidas, editadas. Un procesamiento similar puede ser requerido para las cintas de video.

La “calidad” de los datos cualitativos aparte, la cantidad puede ser atemorizadora, si no abrumadora. Dependiendo del nivel de detalle, un día de trabajo procesando notas de campo de, digamos, seis entrevistas puede fácilmente ocupar 50 a 100 páginas a espacio simple. Y mientras los sitios de visita pendientes se apilan, y múltiples sitios pueden estar en juego, el investigador se enfrenta pronto con muchas más que las 100 páginas de Kvale.

Finalmente, necesitamos hacer notar aquí que a menos que haya un sistema razonablemente coherente para recolectar información de una variedad de informantes a lo largo de una gama potencial de sitios, en un formato relativamente comparable, el investigador se encontrará rápidamente en un limbo de manejo de datos. Esto nos trae a los temas del almacenamiento y la recuperación.

Almacenamiento y recuperación.

Cómo se almacenan y recuperan los datos es el meollo del manejo de datos; sin un esquema de trabajo claro, los datos pueden ser fácilmente “mal codificados, mal vinculados y extraviados” (Wolfe, 1992, pág. 293). Un buen almacenamiento y recuperación son críticos para poder seguir el rastro de cuáles datos están disponibles; para permitir un uso fácil, flexible y confiable de los datos – frecuentemente por parte de varios miembros de un equipo de investigación – en diferentes puntos en el tiempo a lo largo de la vida de un proyecto; y para documentar los análisis hechos como para que el estudio pueda, en principio, ser verificado o replicado.

En realidad, ha habido pocas discusiones detalladas sobre sistemas de almacenamiento y recuperación de datos cualitativos. Una es proporcionada por Werner y Schoepfle (1987b), quienes correctamente hacen notar que un sistema necesita ser diseñado mucho antes de la efectiva recolección de datos. Ellos distinguen entre las notas de campo en bruto (diarios),

transcripciones, documentos y materiales analítico/interpretativos producidos por el investigador, y enfatizan la importancia de un sistema de utilización de índices.

Levine (1985) propone cinco funciones generales para el almacenamiento y la recuperación: formateo (cómo se organiza, da cuerpo y estructura en tipos de archivos el material), referencias cruzadas (vínculos entre diferentes archivos), utilización de índices (definiendo códigos, organizándolos en una estructura y vinculando los códigos con partes específicas de la base de datos), abreviación (resúmenes condensados de material más extenso, como documentos o notas de campo extensas) y paginación (números y letras que localizan material específico en las notas de campo – por ejemplo, 1/K/J/B/22 permite ubicar a la primera entrevista del investigador Kennedy con el Dr. Jameson en el Hospital Brookside, página 22).

Estas funciones, históricamente llevadas a cabo a través de cuadernos de notas, fichas-índice, carpetas de archivos y tarjetas agujereadas, pueden ser llevadas a cabo mucho más fácil y rápidamente utilizando programas de computación (para muchas sugerencias específicas ver Weitzman y Miles, 1993; ver también Richards y Richards, capítulo 28 de este volumen). Aún así, un sistema físico de archivos también es necesario para las notas de campo en bruto, copias de seguridad, transcripciones, cintas de audio, memos y cosas por el estilo. Nosotros hemos propuesto una lista de qué información necesita ser almacenada, recuperada y, frecuentemente, retenida por un número de años después en un estudio cualitativo (Miles y Huberman, 1994; ver tabla 27.1)

Un último comentario: un sistema de manejo de datos y su efectiva revisión y uso durante el tiempo no ocurren en un vacío social, sino en el contexto de un equipo de personal real, trabajando a lo largo de un total proyectado y real de días-persona (que por lo general consiste en unas cinco a diez veces más de tiempo que en el campo) y conectados por un conjunto de acuerdos de trabajo con los participantes del estudio (informantes, respondentes) sobre el tiempo, energía, flujo de información y productos que estarán en juego. (Sugerencias específicas sobre estos temas aparecen en Miles y Huberman, 1994)

Análisis

Análisis vía diseño de estudio.

Ya que este material está cubierto en otro lugar de este volumen (ver Janesick, capítulo 12), seremos breves. Primero, el diseño de los estudios cualitativos puede ser visto, en un sentido real, como analítico. Las opciones realizadas en lo que se refiera al marco conceptual, a las preguntas de investigación, a las muestras, a la definición del “caso” en sí mismo y a la instrumentación, implican una reducción anticipatoria de los datos – la cual, como hemos hecho notar, es un aspecto esencial del análisis de datos. Estas opciones cumplen una función de focalización y limitación, al excluir a ciertas variables, relaciones y datos asociados, y seleccionar otros para la atención. También requieren trabajo creativo. En efecto, los diseños cualitativos no son patrones copiables guardados en el estante para ser usados en cualquier momento, sino que normalmente tienen que ser fabricados a medida, revisados y “coreografiados” (Preissle, 1991).

Segundo, hay mérito tanto en los diseños “suelos”, orientados inductivamente, como en los “estrechos”, más deductivamente abordados. Estos últimos sirven bien para cuando el terreno es desconocido o excesivamente complejo, sólo un caso está en juego, y el intento es exploratorio y descriptivo. Los diseños más estrechos son indicados para cuando el investigador tiene una buena familiaridad previa con el escenario, tiene un buen banco de conceptos aplicables bien delineados, y adopta una postura más explicativa y/o confirmatoria que comprende múltiples casos comparables.

Los estudios cualitativos, en esencia, buscan describir y explicar (en algún nivel) un patrón de relaciones, lo que sólo puede ser realizado con un conjunto de categorías analíticas conceptualmente especificadas (Mishler, 1990). Empezar por ellas (en forma deductiva) o llegar gradualmente a ellas (en forma inductiva) son ambos caminos legítimos y útiles. Los componentes de tales diseños son descritos en el apéndice de este capítulo.

Análisis provisorio

A diferencia de la investigación experimental y de encuestas, los estudios cualitativos tienden a poseer un ciclo de vida peculiar, uno que extiende la recolección y el análisis a lo largo de todo el estudio, pero que requiere diferentes modos de indagación en diferentes momentos. Esto tiene algunas ventajas. Para empezar, los errores cometidos en el campo pueden ser corregidos en la siguiente salida; siempre hay una segunda oportunidad. Segundo, la instrumentación puede ser reajustada y ampliada. De hecho, a diferencia de lo que ocurre con los estudios experimentales, los cambios en los protocolos de observación o en el programa de entrevistas en un estudio de campo generalmente reflejan una mejor comprensión del escenario, incrementando así la validez interna del estudio.

Pero también hay algunas desventajas. Por ejemplo, el investigador se ve enfrentado con la tarea de tratar de reducir el cúmulo de datos obtenidos mientras todavía está recolectando más. La idea aquí es focalizar mayormente la recolección de datos alrededor de los temas o constructos emergentes (ver abajo), y no interrumpirla. El análisis progresivo es inflacionario. Típicamente, además, cuanto más investiga uno, más capas descubre en el escenario.

Investigación iterativa.

La mayoría de estos procedimientos reclaman el uso de la inducción analítica. En el centro de la inducción analítica se encuentra la tesis de que pueden descubrirse regularidades en los mundos físico y social. Las teorías o conceptos que derivamos expresan estas regularidades tan precisamente como es posible. Para dejar al descubierto esos constructos utilizamos un procedimiento iterativo – una sucesión de ciclos de preguntas y respuestas – que implica examinar un conjunto dado de casos y luego refinar o modificar esos casos sobre la base de otros subsiguientes. Tradicionalmente, las inferencias resultantes son consideradas “válidas”, en el sentido laxo de que son probables, razonables, o probablemente verdaderas (Robinson, 1951; Znaniecki, 1934).

En la investigación cualitativa, estos procedimientos corresponden al enfoque de la “teoría fundada en los datos” [*grounded theory*], que comparte importantes características con otros abordajes del análisis provisorio (el análisis generativo, el constructivo, el “iluminativo”). En todos estos casos, sin embargo, se combinan análisis inductivos y deductivos. Cuando un tema, hipótesis o patrón es identificado inductivamente, el investigador pasa luego a una modalidad de verificación, para tratar de confirmar o calificar el hallazgo. Esto impulsa entonces a un nuevo ciclo inductivo.

La teoría fundada en los datos reconoce un punto importante: el análisis será indiferenciado e inconexo hasta que el investigador logre una cierta familiaridad con el escenario. Este es también el caso para los enfoques de investigación conducida por teoría (por ejemplo, Miles y Huberman, 1994). Poder ver cómo funciona un constructo en el campo lleva tiempo, especialmente porque sus instancias son por lo general efímeras, están encubiertas por otras características o adoptan formas diferentes de las encontradas en la literatura de investigación o en el laboratorio.

En el abordaje inductivo típico, el análisis es puesto en marcha ya con las primeras visitas al campo. Se hacen *anotaciones marginales* en las notas de campo, se revisan cuidadosamente los pasajes más *reflexivos*, y se bosqueja una *hoja resumen*. En el siguiente nivel están la *codificación* y la *redacción de memoranda*, ambas tratadas en otro lugar de este volumen ver Strauss y Corbin, capítulo 17).

Con estos reparos en mente, hemos extraído un conjunto de “tácticas” para generar significado (Miles y Huberman, 1994). Numeradas del 1 al 13, están aproximadamente ordenadas desde las descriptivas hacia las explicativas y desde las concretas hacia las más abstractas. *Discernir patrones y temas* (1), *estimar la plausibilidad* – buscando el sentido intuitivamente (2) – y *realizar un apiñamiento*, agrupando según conceptos (3), ayudan a descubrir conexiones. La *creación de metáforas*, una especie de agrupamiento figurativo de datos (4), es también una táctica para alcanzar más integración entre diversos fragmentos de información. La *contabilización* (5) es un camino conocido para ver “qué hay allí”- y para preservar la veracidad.

Hacer comparaciones y contrastes (6) es una táctica clásica para aguzar la comprensión, apiñando y distinguiendo las observaciones. La diferenciación también es necesaria, como ocurre al realizar la *partición o separación interna de variables* que habían sido prematuramente agrupada, o simplemente al adoptar una mirada menos monolítica (7).

Algunas tácticas más abstractas incluyen *subsumir particulares en lo general, moverse alternativamente en un ir y venir entre datos de primer nivel y categorías más generales* (8); *factorizar* (9), un análogo de una conocida técnica cuantitativa que permite al analista trasladarse desde un conjunto amplio de variables mensuradas hacia un conjunto menor de variables aún no observadas, generalmente hipotéticas; *divisar relaciones entre variables* (10); y *descubrir variables intervinientes* (11). Finalmente, para lograr una comprensión coherente de un conjunto de datos, es útil *construir una cadena de evidencia lógica* (12) y para *lograr coherencia teórico-conceptual*, es típica la comparación con constructos de referencia encontrados en la literatura (13).

Análisis intra-caso: temas generales.

No hay límites fijos que separen el análisis “provisorio”, el posterior o inclusive el análisis final. Una serie de temas aparecen, no obstante, al ir analizando casos particulares – y previamente al trabajo de análisis entre casos (ver la próxima sección). Estos incluyen la distinción entre descripción y explicación, la lógica general del análisis, la importancia del despliegue de los datos, el rol de la teoría y una visión factible de la causalidad.

Descripción y explicación.

El análisis intra-caso invariablemente referirá a dos niveles de comprensión. El primero es descriptivo. Las preguntas básicas de *qué* está pasando y *cómo* están ocurriendo las cosas llaman a una razonable especificación de los fenómenos observados. Esto es la descripción; tal como lo expone Bernard (1988), tales análisis “tornan incomprensibles las cosas complicadas reduciéndolas a sus partes componentes” (pág. 317). En efecto, como Rein y Schön (1977) sugieren, un vehículo para describir actores, eventos y escenarios es narrar una historia (qué pasó, y qué pasó después), la narración de historias – la construcción de un escenario con sentido – parece ser profundamente penetrante en el pensamiento humano (Goleman, 1992; Read, Druian y Miller, 1989) pero también está saturada de deficiencias interpretativas.

Uno de los interrogantes más frecuentes en la vida cotidiana y que invariablemente recibe una respuesta, es “¿por qué?”. Sin embargo, ese proceso con el que todos estamos familiarizados, encubre el hecho, como bien señala Draper (1988), de que la “explicación” también puede comprender: proveer información solicitada, justificar una acción, dar razones, fundamentar un alegato o formular una afirmación causal. La explicación “científica” cae en una estrecha franja de preguntas por el “por qué”, especialmente las últimas dos. Como sugiere Kaplan (1964), una explicación – sea formulada en términos “intencionada” o directamente históricos – es en efecto una “descripción concatenada” que pone un hecho o ley en relación con otros, haciendo inteligible la descripción. Kaplan también señala provechosamente que las explicaciones son siempre dependientes de las condiciones y del contexto, parciales, no concluyentes e indeterminablemente aplicables - rasgos que no se limitan a los estudios cualitativos.

La importancia del despliegue para el análisis.

Reiterando: el análisis válido es inmensamente ayudado por los despliegues de datos que son lo suficientemente focalizados como para permitir tener a la vista un conjunto entero de datos en un solo lugar y que están sistemáticamente organizados. El conjunto “completo” de datos se encuentra a mano, si bien en forma condensada, y puede ser consultado. No se trata de “paquetes” o “ideas” o “incidentes clave”. Es un análogo a la producción de paquetes estadísticos, que (a) permiten que el análisis sea conducido en estrecha conjunción con los datos desplegados, (b) le permiten al analista ver cuáles análisis posteriores son requeridos, (c) contribuyen a una comparabilidad fácil entre conjuntos de datos, y (d) incrementan la credibilidad del informe de investigación, donde generalmente las conclusiones van acompañadas de despliegues de datos.

También aquí, el análisis es secuencial e interactivo. Los datos desplegados y el texto escrito emergente de las conclusiones del investigador, se van influyendo uno al otro. El

despliegue ayuda al escritor a visualizar patrones; el primer texto muestra el sentido del despliegue y sugiere nuevos movimientos analíticos en los datos desplegados; un despliegue revisado o ampliado señala nuevas relaciones y explicaciones, llevando a un texto más diferenciado e integrado, y así sucesivamente. Los despliegues suscitan despliegues más poderosos y sugestivos (ver figura 27.2).

El rol de la teoría en el análisis intra-caso.

Los alegatos eficaces sobre las conclusiones se fundamentan generalmente en tres meta-alegatos: (a) que el investigador ha desarrollado sometido a prueba una teoría; (b) que todos los datos relevados han sido examinados y los datos irrelevantes no se han introducido subrepticamente; y (c) que ha habido un diálogo constante y explícito entre las ideas y la evidencia.

La buena teoría, sugiere Glaser (1978), tiene categorías que encajan o han llegado a encajar con los datos; es relevante a lo central de lo que está pasando; puede ser usada para explicar, predecir e interpretar lo que está pasando; y es modificable. Más aún para la visión clásica. En la práctica, la teoría tiene un costado más oscuro que aflora durante el análisis. Un buen ejemplo es la comparación entre los estudios de Everhart (1985a, 1985b) y Cusick (1985a, 1985b) sobre el significado de la instrucción escolar, tal como es analizado por Noblit (1988). Si bien ambos estudiaron las escuelas secundarias norteamericanas, Noblit muestra que sus interpretaciones variaron notablemente. Los presupuestos de la teoría crítica de Everhart lo llevaron a enfocar a los estudiantes y a la instrucción escolar como un modo de “proletarizar” a los estudiantes y reproducir la estructura del capitalismo a través de la jerarquía y el pasaje de información reificada a los estudiantes, como si éstos fueran “recipientes vacíos”. Los presupuestos estructural-funcionalistas de Cusick lo llevaron a enfocar a la escuela como si ésta fuera creada por el personal, y a la educación como conducida por un “ideal igualitario”, avenida a la animosidad racial, con un “conocimiento poco atractivo” tomando un segundo lugar con respecto a “relaciones amistosas” entre estudiantes. Cada investigador, no sorpresivamente, vio a las formulaciones del otro como “ideológicas”. La lealtad a una “gran teoría” preexistente llevó a cada uno a conclusiones drásticamente diferentes sobre un fenómeno muy similar.

Además, el límite teoría-datos es permeable. Como hace notar Van Maanen (1979), sólo hay en realidad conceptos de primer orden – los llamados hechos de un estudio, que nunca “hablan por sí mismos” – y conceptos de segundo orden – las “naciones utilizadas por el investigador para explicar los patrones de los conceptos de primer orden” (págs. 39-40). Así, los hechos que uno describe son ya productos de varios niveles de interpretación (Van Maanen, 1988).

Por lo menos, los investigadores cualitativos deben entender justamente cómo están construyendo “teoría” durante el análisis, porque esa construcción inevitablemente – sea consciente o inconscientemente – influirá y constreñirá la recolección, la reducción y el despliegue de datos, así como la extracción y verificación de conclusiones. Algunos constructos alternos incluyen los siguientes:

- La “gran teoría”, como se mencionó más arriba: una congerie de unos pocos constructos principales bien articulados entre sí.
- Un “mapa” que apunta a generalizar la historia (o historias) contadas sobre un caso (Rein y Schön, 1977)
- Un patrón predicho de eventos, a ser comparado con lo que se observa realmente (Yin, 1991)

- Un modelo, con una serie de proposiciones conectadas que especifican relaciones, frecuentemente jerárquicas, entre los componentes (Reed y Furman, 1992)
- Una red de relaciones no jerárquicas, expresadas a través de afirmaciones que definen vínculos entre conceptos (Carley, 1991).

Ser claro sobre tales constructos es también importante debido al creciente uso de programas informáticos de análisis cualitativo para llevar a cabo las funciones mencionadas más arriba. También ellos tienen presupuestos incorporados sobre “teoría” (ver Weitzman y Miles, 1993). Por ejemplo, programas como Etnograph (Qualis Research Associates, 1990) y NUD-IST (Richards y Richards, 1989) ayudan al usuario a desarrollar teoría a través de códigos jerárquicamente relacionados (A es una instancia de un concepto de mayor nivel B, que a su vez está subsumido en uno más general C), mientras que otros, como ATLAS/ti (Müher, 1991), HyperRESEARCH (Hesse-Biber, Dupuis y Kinder, 1990) y MECA (Carley, 1991), enfocan a la teoría como una red conectada de vínculos entre entidades (A promueve a B, es parte de C, obstruye a D, precede a E [que también es parte de B] y así sucesivamente).

Una visión de la causalidad.

Finalmente, el análisis intra-caso frecuentemente se ve confrontado a la tarea de entender la causalidad. ¿Pueden los estudios cualitativos establecer relaciones causales siquiera? Esa posibilidad es a menudo atacada tanto desde la derecha (“Sólo los experimentos cuantitativos controlados pueden hacer tal cosa) como desde la izquierda (“La causalidad es un concepto no manejable cuando se trata del comportamiento humano – las personas no son bolas de billar”). En línea con nuestra postura epistemológica, mencionada al comienzo, la posición que tomamos aquí es que los estudios cualitativos (ver Van Der Maanen, 1979, 1983) son especialmente adecuados para encontrar relaciones causales: pueden visualizar directa y longitudinalmente los procesos locales que subyacen a una serie temporal de eventos y estados, mostrando cómo estos llevaron a resultados específicos, y descartando hipótesis rivales. En efecto, nos metemos dentro de la caja negra; podemos entender no solamente que un hecho particular tuvo lugar, sino cómo y por qué ocurrió.

La credibilidad de tales alegatos depende de cómo uno visualice la causalidad. Junto con esto proveemos un breve resumen de nuestro punto de vista. Primero, la causalidad necesariamente trae a colación el problema del tiempo como una parte de la explicación; se asume que los eventos previos tienen una conexión más o menos clara con los eventos posteriores. La temporalidad es crucial (Faulconer y Williams, 1895); estimar la causalidad requiere que entendamos la “trama” – los eventos laxamente ordenados (Abbott, 1992). Aunque un punto de vista orientado por variables siempre mostrará una vuelta atrás de efectos surtidos sobre causas que producen nuevos efectos (Eden, Jones y Sims, 1983; Weick, 1979), las “tramas” aún se despliegan en el tiempo y deben ser entendidas de esa manera al nivel del caso. Aquí es donde las versiones más narrativas del análisis causal encuentran su lugar (Abbott, 1992).

Vale la pena señalar aquí que nos enfrentamos a una de las más probables amenazas a la causalidad convencional: que, mirado de cerca, o “desconstruido”, una parte importante del análisis causal es generado retóricamente, como una serie de recursos textuales, géneros, tropos, figuras del habla. Los informes narrativos, por ejemplo, están compuestos casi exclusivamente de estos recursos figurativos (Atkinson, 1992; Clough, 1992). ¿Debemos evaluarlos en términos convencionales? ¿O deberíamos tener cánones específicos para la causalidad retórica que puedan, de alguna manera, ser separados de la lógica de evidencia que usamos para la explicación analítica? Geertz (1983) ha expuesto bien el problema al

hacer notar el lento movimiento en los recursos explicativos desde leyes sociales hacia metáforas de teatro y juegos: “Lo que la palabra hizo para la física, la jugada de ajedrez promete hacer para la sociología” (pág. 22)

Otra característica clave: la causalidad es local; fuerzas distantes y abstractas como “la gravedad” palidecen al lado de los eventos inmediatos y de los procesos que tienen lugar cuando uno deliberadamente deja caer un lápiz (la fricción entre los dedos y el lápiz, la decisión de abrir los dedos, el movimiento exterior de los dedos). El nexo inmediatamente causal está siempre frente a nosotros, en un escenario determinado y en un momento determinado.

Tercero, una determinación de causalidad no puede ser ligada precisamente a reglas: a los criterios clásicos de Hume de precedencia temporal (A antes que B), conjunción constante (cuando A, siempre B) y contigüidad de influencia (un mecanismo plausible vincula A y B) debemos agregar otros, tales como aquellos propuestos por Hill (1965) para la epidemiología: intensidad de asociación (mucho más B con A que con otras posibles causas), gradiente biológico (si más A, entonces más B), coherencia (la relación A-B encaja con todo lo demás que sabemos sobre A y B) y analogía (A y B se parecen al patrón bien-establecido notado en C y D).

Cuarto, siempre hay multiplexia causal: las causas son siempre múltiples y “coyunturales”, combinándose y afectándose unas a otras así como a sus supuestos efectos (Ragin, 1987). Causas y efectos deben ser vistos como configurados en redes – ellas mismas profundamente influidas por el contexto local.

Finalmente, estimar la causalidad es necesariamente un asunto retrospectivo, que requiere que advirtamos cómo “un evento ha ocurrido en un caso particular”(House, 1991). De esta manera, debemos adoptar el método del historiador de “seguibilidad” (Abbott, 1992), y típicamente estaremos haciendo una recolección retrospectiva de eventos que expondremos en un informe que muestre un final razonable y creíble... configurando los eventos de tal manera que su parte en la historia entera resulte clara” (Polkinghorne, 1988, pág. 171; comparar con la discusión de Scriven [1974] sobre el abordaje del “modus operandi”).

Las preguntas causales de sentido común extraídas aquí son ampliamente aquellas expuestas por Lofland y Lofland (1984): ¿Cuáles son las condiciones bajo las cuales aparece X? ¿Qué facilita su aparición? ¿De qué factores depende su variación? ¿Bajo qué condiciones está presente y bajo cuáles está ausente?

Por supuesto, una explicación causal útil debería necesariamente poder aplicarse a más de un caso. A través de la inducción analítica (Manning, 1982; Miller, 1982) una descripción causal obtenida en un caso puede ser ensayada en otro lugar, sea apoyada, calificada o sujeta a revisión. Nos volvemos ahora hacia la cuestión de las aproximaciones al análisis entre casos.

Análisis entre casos

El modo tradicional de análisis cualitativo ha sido el análisis de un solo caso. En gran parte de la investigación etnográfica, por ejemplo, los “casos” son individuos o unidades más molares que se supone comparten varias características comunes – una familia, una tribu, un pequeño negocio, un barrio, una comunidad. Los casos también pueden ser instancias de un fenómeno más amplio (por ejemplo, “casos” de soborno, “casos” de aprendizaje de cómo combatir el fuego), generalmente de un importante proceso social.

Tales unidades molares son esencialmente múltiples de individuos: bomberos, maestros, criminales, etc. Mientras que estos individuos han sido típicamente agregados dentro de su

escenario (por ejemplo, estaciones de bomberos, escuelas, barrios particulares), ahora vemos estudios que enfocan conjuntos de individuos en el interior de varios escenarios (escuelas, programas especiales, negocios), y hacen este trabajo con múltiples métodos (Firestone y Herriott, 1983; Louis, 1982; Schofield, 1990).

Un objetivo aquí es incrementar la validez externa. Por ejemplo, mirar a múltiples actores en múltiples escenarios incrementa la posibilidad de generalizar; los procesos clave, constructos y explicaciones en juego pueden ser puestos a prueba en diferentes configuraciones. Y cada configuración puede ser considerada una réplica del proceso o cuestión bajo estudio. Los casos múltiples también identifican configuraciones (de actores, de acuerdos de trabajo, de influencias causales) que se sostienen en algunos escenarios pero no en otros. Obtenemos así claros “agrupamientos” (*clusters*) o “familias” de casos.

Pero este tipo de trabajo analítico “cruzado” (*cross-site*) no es tan simple. Tal como se presenta, el alcohólico A tiene un perfil muy diferente al del alcohólico B, tal como Denzin (1989) ha señalado, y ambos no pueden ser fácilmente comparables a menos que optemos por centrarnos en las características comunes más abstractas. De esta manera, existe el riesgo de que los casos múltiples sean analizados en altos niveles de inferencia, aglomerando las redes locales de causalidad y terminando con un conjunto chato de generalizaciones que no pueden aplicarse a ningún caso concreto. Esto ocurre más frecuentemente de lo que queremos recordar.

La tensión aquí es la de reconciliar lo particular con lo universal: reconciliar la unicidad de un caso individual con la necesidad de comprender procesos genéricos en actividad entre casos (Silverstein, 1988). Silverstein arguye que cada individuo tiene una historia específica – que descartamos a riesgo propio – pero es una historia contenida dentro de los principios generales que influyen en su desarrollo. En forma similar, Noblit y Hare (1983) abogan por la preservación de la unicidad, aunque también haciendo comparaciones. Más recientemente, ellos también han advertido contra la agregación o promedio de resultados entre casos, con el fin de evitar la malinterpretación y la superficialidad (Noblit y Hare, 1988).

Una distinción crucial:
Variables y casos.

Consideremos un estudio típico, uno que busca predecir la decisión de concurrir a la universidad, con una muestra de 300 adolescentes y el siguiente conjunto de “predictores”: género, posición socio-económica, expectativas de los padres, desempeño escolar, apoyo de pares y decisión de concurrir a la universidad.

En un análisis orientado por variables, las variables predictivas están intercorrelacionadas y la variable dependiente clave, “decisión de concurrir a la universidad” está contenida en las otras seis. Esto podría mostrarnos que la decisión de concurrir a la universidad está principalmente influida por el desempeño escolar, con influencias adicionales de las expectativas de los padres y de la posición socio-económica. Vemos cómo las variables en tanto conceptos están relacionadas, pero no conocemos el perfil de ningún individuo.

En un análisis orientado por casos, miraríamos más de cerca dentro de un caso particular; digamos, en el Caso 005, si es mujer, de clase media, si tiene padres con expectativas altas, y así sucesivamente. Estas son, sin embargo, medidas “magras”. Para hacer un análisis de caso genuino, es necesario que miremos una historia completa del caso 005: Nynke van der Molen, cuya madre estudió trabajo social, pero está amargada por el hecho de que nunca trabajó fuera de casa, y cuyo padre quiere que Nynke trabaje en la floristería de la familia. La cronología también es importante: dos años atrás, la mejor amiga de Nynke decidió ir a la

universidad, justo antes de que la madre de Nynke le mostrara un álbum de recortes de la escuela de trabajo social. Nynke decidió entonces inscribirse para estudiar veterinaria.

Estos y otros datos pueden ser desplegados en forma de una matriz (ver Miles y Huberman, 1994), donde el flujo y la configuración de eventos y reacciones que llevaron a la decisión de Nynke quedarían claras. También ayudaría a “encarnar” cómo se ven los cinco predictores individualmente y cómo interactúan colectivamente. Eso, a su turno, haría emerge patrones recurrentes, “familias” o “racimos” de casos con configuraciones características.

Como Ragin (1987) hace notar, tal aproximación orientada por casos enfoca a cada entidad, desmenuza configuraciones al interior de cada caso y las somete a análisis comparativo. En estas comparaciones (de un número menor de casos), se buscan similitudes subyacentes y asociaciones sistemáticas en relación con la variable principal resultante. Desde allí, puede ser desarrollado un modelo más explicativo, al menos por los casos bajo estudio.

Cada aproximación tiene sus más y sus menos. El análisis orientado por variables es apropiado para encontrar relaciones probabilísticas entre variables en una población grande, pero muestra dificultades para lidiar con complejidades causales, o con submuestras. El análisis orientado por casos es apropiado para encontrar patrones específicos, concretos e históricamente fundamentados para conjuntos pequeños de casos, pero sus hallazgos se mantienen particularistas, aunque algunos escritores de casos especiosamente alegan mayor generalidad.

Estrategias para el análisis a través de casos.

Hay muchas manera de proceder con datos de múltiples casos, o datos que vienen de varias fuentes. Abajo damos un breve muestrario construido sobre la base de la distinción orientación por casos-orientación por variables que acabamos de revisar.

Estrategias para la orientación por casos. Yin (1984) aboga por una estrategia de *replicación*. Un marco conceptual dirige el primer estudio de caso, luego los casos sucesivos son examinados para ver si el nuevo patrón encaja con el encontrado anteriormente. La aproximación de la “teoría fundamentada” (por ejemplo, Glaser, 1978) utiliza el mismo principio, pero construye el marco inductivamente, luego lo pone a prueba y refina recurriendo a múltiples grupos de comparación.

Denzin (1989) aborda el problema a través de múltiples ejemplares. Después de desconstruir las concepciones previas de un fenómeno particular (como por ejemplo “el ser católico”), se recolectan múltiples instancias (casos), luego se las “pone entre paréntesis”, en un sentido fenomenológico y luego se las inspecciona buscando elementos o componentes esenciales. Los elementos son luego reconstruidos en una totalidad reordenada y puestos nuevamente en el contexto social natural.

Muchos investigadores encaran la comparación entre casos formando “tipos” o “familias”. Los casos en un conjunto son inspeccionados para ver si caen en racimos que comparten ciertos patrones o configuraciones. Algunas veces los racimos pueden ser organizados a lo largo de alguna dimensión (de conformidad baja a alta, de ambiciones de carrera vagas a específicas, etc.)

Estrategias para la orientación por variables. Un abordaje utilizado a menudo es la *búsqueda de temas* que atraviesen casos. Por ejemplo, Pearsol (1985) revisó entrevistas sobre programas de igualdad sexual hechas a 25 maestros. Luego de una codificación inductiva

cuidadosa, encontró temas recurrentes como “preocupación por los alumnos”, “visión activista del cambio” y “barreras a la innovación”. (Más tarde se volvió a una aproximación orientada por casos, clasificando a los maestros en seis tipos basados en la configuración inicial de temas).

A menudo, una variable clave se hace clara sólo durante el análisis cruzado. La estrategia aquí podría ser llamada *clarificación de patrones*. Por ejemplo, Eisenhardt (1989a) encontró evidencia para el concepto “centralización de poder” revisando los datos sobre el comportamiento de CEO (?) en diez empresas de microcomputadoras. Su despliegue de matrices incluía adjetivos que describían el estilo de decisión, medidas cuantitativas, funciones organizacionales desempeñadas por los CEO, y algunos descriptores (por ejemplo, “El necesita escoger gente apropiada y dejarlos operar”).

Estrategias mixtas.

Un enfoque más fenomenológico, descrito por Fischer y Wertz (1975), podría ser llamado *síntesis interactiva*. Al estudiar el significado de ser una víctima de un crimen, estos autores primero escribieron sinopsis de casos individuales, luego redactaron una narración de casos cruzados basada en una serie de temas. Luego compusieron una “condensación general” que ilustraba los significados personales esenciales; luego volvieron a las sinopsis de caso par ver cómo la condensación era ejemplificada allí. Finalmente, escribieron una “estructura psicológica general” que describía lo que parecía esencial en el proceso temporal de victimización. La secuencia está cuidadosamente armada. Particularmente, incluye una mezcla analítica que *combina* métodos, antes que atenerse a uno y agregar otros esencialmente como apéndices. Otros ejemplos de estrategias mixtas pueden ser hallados en el trabajo de Abbott (1992), Gladwin (1989) y Huberman (1991).

Técnicamente, los análisis de casos cruzados son más fácilmente hechos con “despliegues”: matrices u otros ordenamientos de datos que permitan al analista analizar, en forma condensada, el conjunto completo de datos, para poder ver literalmente qué hay allí. Desde allí, varias cosas pueden pasar: el investigador puede volver al campo para recuperar datos faltantes; otras ordenaciones pueden hacerse para tener una mejor vista; o las columnas, o las filas, o todas las entradas dentro de las ordenaciones pueden ser reconfiguradas.

Típicamente, el investigador comienza con una *metamatriz parcialmente ordenada*, que organiza la información básica de varios casos en un solo cuadro grande. Luego vienen los *despliegues descriptivos o conceptualmente ordenados*, *las matrices ordenadas según tiempo*, *las matrices de efectos* y *los análisis de secuencia compuesta* que muestran el flujo de distintos casos a través de un flujo de eventos y condiciones enmarcado en forma general.

Miremos ahora la matriz de despliegue para 12 casos (distritos escolares) mostrada en la figura 27.3. Notemos que esto es simplemente una tabla de contingencia, que cruza dos variables (“implementación temprana” y “estabilización de la práctica”) con una tercera (“nivel de asistencia”). Además, cada variable en juego está expuesta a escala para que los casos puedan ser ordenados y examinados en una forma vagamente comparable.

Típicamente, este tipo de cuadro, que *sigue* el trabajo orientado por casos, constituye una salida analítica orientada por variables. Frecuentemente, con este despliegue a mano, el investigador vuelve nuevamente a los datos del nivel casos. ¿A qué corresponde la implementación temprana “áspera” en Masepa y Plummet?, y ¿son los dos casos comparables? ¿Realmente pareció la “asistencia” tener poco efecto sobre la “implementación temprana?”, y si es así, ¿por qué? ¿Y qué hay de los casos que lo contrarrestan en el racimo B? ¿Cuál fue el patrón de asistencia, el flujo a lo largo del tiempo, la relación entre asistencia y estabilización tal como fuera percibido por los informantes? Este examen luego lleva a otro

despliegue, típicamente con una forma diferente, que ordena los casos de acuerdo a las formas en que estas preguntas hayan sido expuestas. En otras palabras, los despliegues se suceden típicamente en una secuencia: desordenados, ordenados por casos en base a una o varias dimensiones de interés, reagrupados en familias de casos que comparten algunas características, y desplegados nuevamente como un conjunto entrelazado de más variables explicatorias, que apuntalan los racimos de casos que han sido identificados.

Verificación de conclusiones y amenazas a la validez analítica.

La “cohabitación” de cánones realistas e interpretativistas.

Tal como hemos hecho notar, hasta hace poco tiempo, virtualmente no habían cánones, reglas de decisión, algoritmos, ni siquiera heurísticas acordadas para la conducción de investigación cualitativa. Esto es menos un problema de desarrollo que una ausencia de consenso para decidir las bases sobre las cuales los hallazgos puedan ser considerados plausibles o convincentes y los procedimientos puedan ser vistos como legítimos.

Pareciera haber, sin embargo, algunas coincidencias *procedimentales* en cuanto al proceso secuencial de análisis, extracción de conclusiones y confirmación de los hallazgos en un formato de estudio de campo. En ambos casos, el investigador se mueve entre ciclos de recolección y análisis inductivos de datos y ciclos deductivos de puesta a prueba y verificación. Como se ha señalado, el cateo exploratorio y confirmatorio dirige la recolección de los datos, que, una vez analizados, conduce a las decisiones sobre cuáles datos recolectar luego. Gradualmente, estas reuniones de datos se vuelven más “concluyentes”. Puesto toscamente, la mayor parte de los investigadores “naturalistas” suscriben a este ciclo analítico básico.

Verificación

La verificación implica inspeccionar para descubrir los sesgos más comunes o más insidiosos que puedan haberse filtrado durante el proceso de extracción de conclusiones. Algunos de los defectos más frecuentes incluyen a los siguientes (Douglas, 1976; Krathwohl, 1993; Miles y Huberman, 1984; Nisbett y Ross, 1980):

- Sobrecarga de datos en el campo, llevando a los analistas a perder información importante y sobrepesar algunos hallazgos, tergiversando el análisis.
- Prominencia de primeras impresiones o de observaciones de incidentes altamente concretos o dramáticos.
- Selectividad, exceso de confianza en algunos datos, especialmente al tratar de confirmar un hallazgo clave.
- Co-ocurrencias tomadas como correlaciones, o hasta como relaciones causales.
- Falsas proporciones de las tasas básicas: extrapolación del número total de instancias a partir de los casos observados.
- Falta de confiabilidad de la información de algunas fuentes.
- Sobreacomodamiento a la información que cuestiona abiertamente una hipótesis tentativa.

El término más frecuentemente utilizado en conexión con asuntos de análisis y configuración es la *triangulación* – un término con múltiples significados. El origen del

término es probablemente el “operacionalismo múltiple” (Campbell y Fiske, 1959): medidas múltiples que aseguran que la variación reflejada es la que proviene de la peculiaridad o del tratamiento y no aquella asociada a la medición. Esto es mejor llevado a cabo, por ejemplo, multiplicando las medidas y fuentes independientes para el mismo fenómeno – por ejemplo, los informantes hacen la misma afirmación independientemente, y el investigador observa el fenómeno; los resultados de tests respaldan las muestras de trabajo y las observaciones. Los teóricos que adhieren a la “teoría fundada en los datos” han sostenido largamente que la teoría generada a partir de una sola fuente de datos no trabaja tan bien como las “rebanadas de datos” de distintas fuentes (Glaser, 1978).

Pero la triangulación también ha llegado a significar convergencia entre investigadores (acuerdo entre las notas de campo de un investigador y las observaciones de otro) y convergencia entre teorías. Una prescripción general ha sido tomar fuentes de triangulación que tienen diferentes sesgos y diferentes fortalezas, para que puedan complementarse unas a otras.

En el desordenado mundo de la investigación empírica, no obstante, las medidas independientes nunca convergen totalmente. Las observaciones no concuerdan completamente con los datos de las entrevistas, ni las encuestas con los registros escritos. En otras palabras, las fuentes pueden ser inconsistentes o hasta conflictivas, de difícil solución. En tales casos, de hecho, podemos tener que iniciar una nueva forma de pensar los datos que tenemos a mano (Rossman y Wilson, 1985).

Más allá de esto, la triangulación es menos una táctica que un modo de indagación. Comenzando concienzudamente a recolectar y confrontar los hallazgos, utilizando múltiples fuentes y modos de evidencia, el investigador irá construyendo el proceso de triangulación en la recolección de datos. Será el camino por el que él o ella llegó al hallazgo en primer lugar – viendo o escuchando múltiples instancias provenientes de diferentes fuentes, usando métodos diferentes y encuadrando los hallazgos con otros con los que coincidiría.

Con esta lógica en mente, hemos generado una lista de “tácticas” para poner a prueba o confirmar conclusiones (Miles y Huberman, 1984, 1994). Las tácticas que buscan apartar los sesgos más evidentes son las siguientes: comprobar la representatividad, comprobar los efectos del investigador (reactividad), y triangular y sopesar la evidencia (ateniéndose a medidas más robustas). Las tácticas para evaluar la viabilidad de los patrones giran alrededor de la búsqueda activa de contrastes, comparaciones, valores alejados del promedio y casos extremos. Las evaluaciones de conclusiones más elaboradas requieren intentos de: descartar conclusiones espúreas, replicar hallazgos clave, verificar explicaciones rivales y buscar casos negativos. Finalmente, la información o “feedback” proporcionada por los informantes puede ser usada en cualquier punto del ciclo.

Una aproximación más general y comprensiva a la verificación de hallazgos y conclusiones es la “auditoría” (ver la siguiente sección; ver también Schwandt y Halpern, 1988). Aplicada a la investigación empírica, la auditoría es una metáfora contable para la revisión sistemática de un estudio dado por parte de un examinador externo. Su principal interés puede ser menos la calidad de una revisión externa que la posibilidad para los investigadores cualitativos de poseer una lista de bases analíticas a tocar, para que los pares interesados y rigurosos puedan determinar si el muestreo, medición y análisis que llevan a las principales conclusiones y explicaciones resisten a las fuentes más comunes de sesgo y error.

Sobre la “transparencia” del método.

Las convenciones sobre investigación cualitativa requieren un reporte claro y explícito de los datos los procedimientos. Eso es lo que se espera para (a) que el lector pueda confiar y

verificar las conclusiones expuestas; (b) que sea posible el análisis secundario de los datos; (e) que el estudio pueda ser replicado en principio; y (d) que sea más rastreable el fraude o la mala conducta, si existiera. Hay una necesidad adicional interna: mantener coherentes, manejables y repetibles las estrategias analíticas mientras dura el estudio. Esto es, el requerimiento de presentar un reporte claro estimula a llevar la documentación desde el principio. Tal como nosotros lo vemos, las mismas necesidades están presentes en los estudios cualitativos, aún cuando uno tome una postura más interpretativa (observar, por ejemplo, las ideas sobre “confirmabilidad” y “dependabilidad” propuestas por Lincoln y Guba, 1985). Como hemos expuesto en un trabajo anterior:

Tenemos el poco llamativo constreñimiento de que los estudios cualitativos no pueden ser verificados porque los investigadores no presentan reportes de su metodología, y no presentan reportes de su metodología porque no hay cánones o convenciones establecidas para hacerlo (Miles y Huberman, 1984, pág. 244).

Soluciones.

La solución más básica ha sido ya discutida (ver tabla 27.1): retención cuidadosa, en forma fácilmente recuperable, de todos los materiales de estudio, desde las notas de campo en bruto hasta los despliegues de datos y el reporte final. Dicha solución, sin embargo, descansa sobre otra: una postura reflexiva para la conducción del estudio que asuma una documentación constante, regular y concienzuda – de las sucesivas versiones de esquemas de codificación de las discusiones conceptuales entre los miembros del equipo, de los episodios de análisis – tanto de los exitosos como de los no exitosos. Hemos reportado un formulario detallado de documentación para ratrear las operaciones de reducción y despliegue de datos y la extracción de conclusiones (Miles y Huberman, 1984), pero no estamos enterados de instancias de su uso por parte de otros investigadores. Carney (1990) propugna un “diario reflexivo” para los mismos fines.

Recientemente, no obstante, ha habido un movimiento hacia informas más explícitos y completos. Algunos ejemplos incluyen los informes metodológicos de Bartlett (1990) y Melnick y Beaudry (1990), la “cronología de análisis de datos” en un estudio hermenéutico de Pearsol (1985), el detallado diario de investigación etnográfica biográfica de L. M. Smith (1992), el cuidadoso reporte de métodos de investigación de estudios de caso de Merryfield (1990), el informe sobre métodos de “comparación constante” de Hodson (1991) y los detalles sobre despliegues de datos de Eisenhardt (1989^a, 1989^b). Aún así, no son pocos los estudios que restringen su sección de “Métodos” a afirmaciones como “el estudio empleó el método de comparación constante”, sin más explicación.

Parte de la dificultad consiste en que, dada la diversidad de aproximaciones al trabajo cualitativo, no hay un conjunto aceptado de expectativas sobre cómo debería verse una sección de métodos cualitativos. Como un conjunto mínimo, propondríamos lo siguiente:

- Decisiones tomadas sobre muestreo, tanto dentro como entre casos.
- Operaciones de instrumentación y recolección de datos.
- Resumen de la base de datos; tamaño, cómo fue producido.
- Programas informáticos usados, si alguno.
- Repaso de las estrategias analíticas seguidas.
- Inclusión de despliegues de datos clave que apoyan las principales conclusiones.

Una cuarta solución es prepararse para, y/o de hecho llevar a cabo, una “auditoría” de todo el estudio que está siendo conducido. Las primeras aplicaciones factibles fueron hechas por

Halpern (1983); desde entonces, Shwandt y Halpern (1988) han extendido la idea de la auditoría aplicándola a la revisión de estudios evaluativos. Ellos sugieren seis niveles de atención requerida:

- ¿Están los hallazgos fundados en los datos? (Es apropiado el muestreo? Están los datos sopesados correctamente?)
- ¿Son lógicas las inferencias? (Están correctamente aplicadas las estrategias analíticas? Se da razón de las explicaciones alternativas?)
- ¿Es apropiada la estructura de categorías?
- ¿Pueden justificarse las decisiones sobre indagación y los cambios metodológicos? (Estaban las decisiones sobre muestreo vinculadas a las hipótesis de trabajo?)
- ¿Cuál es el grado de sesgo del investigador (cierre prematuro, datos inexplorados en las notas de campo, falta de búsqueda de casos negativos, sentimientos de empatía)?
- ¿Qué estrategias fueron usadas para incrementar la credibilidad (segundos lectores, “feedback” de informantes, revisión de pares, tiempo adecuado en el campo)?

Tales auditorías no parecen ser ampliamente utilizadas, pero cuando lo son (por ejemplo, Merryfield, 1990), parecen tener decididamente efectos saludables, especialmente el estímulo a guardar registros sistemáticos y a la reflexividad.

Algunos problemas.

Los costos en tiempo y energía para la documentación metodológica adecuada y/o la auditoría no son pequeños. Hemos estimado un 20 % de incremento en el tiempo de análisis con el uso de nuestro registro de documentación (Miles y Huberman, 1984). Schwandt y Halpern (1988) no dan cifras de costos, pero el trabajo del investigador para preparar un “sendero para auditoría” y el análisis del auditor, con sus muy detallados procedimientos, son por lo menos igualmente caros. Una cuidadosa computarización del estudio ayudará, por supuesto, pero esto acarrea sus propios costos. Probablemente deberíamos esperar que la documentación detallada y la auditoría continuarán restringidas a estudios bien financiados o a aquellos en los que el investigador tiene un interés especial en la documentación o la auditoría como tales.

La documentación del estudio y el reporte completo también pueden fomentar una aproximación mecanicista y obsesiva (ver Marshall, 1990, y Noblit, 1988, quienes se preocupan por la “burocratización” del análisis de datos). O puede llevar a formulaciones abstractas de método que no representan del todo las realidades de la investigación cualitativa (ver, por ejemplo, Constan, 1992, sobre la documentación de procedimientos de desarrollo de categorías. En cualquier caso, debemos ser realistas en cuanto a la ‘reproducibilidad’; incluso en el campo de la química sintética, Bergman (1989) informa que cerca de la mitad de los estudios no pudieron ser reproducidos, ni siquiera por los investigadores originales. Por lo tanto necesitamos un modelo razonable, no uno abstractamente exigente.

Finalmente, debemos recordar que la “transparencia” tiene sus riesgos. Por ejemplo, guardar notas de campo detalladas en archivos de computadoras, y hacerlas disponibles para un nuevo análisis, aún con supuesta desidentificación, acarrea preguntas sobre invasión de privacidad y daño potencial para los informantes (ver la bien pensada discusión de Akeroyd,

1991). Cualquier aproximación razonable a la transparencia metodológica debe lidiar con asuntos éticos, no tan sólo técnicos.

En balance, estos problemas no parecen insuperables, y la necesidad básica de transparencia queda en pie. No vemos razón para no seguir desarrollando el estado del arte – probablemente en forma incremental – a través de la rutinización de la documentación corriente, la evolución de las medidas reconocidas para el reporte y – de vez en cuando, cuando importa – el análisis profundo de método que una auditoría fuerte puede traer. Dado el cuidado y la escrupulosidad con que debe ser conducida la investigación cualitativa, tanto en la tradición etnográfica como en la interpretativa, debería ser posible negociar un conjunto mínimo de convenciones para la conducción de investigación cualitativa. Dado que estas tradiciones tienen diferentes marcos para asegurar la validez y la dependabilidad de los hallazgos de estudio, bien podría haber un conjunto de convenciones compartidas junto con reglas específicas para los investigadores que trabajan en diferentes áreas. Estamos llegando a ese punto. No obstante, la transparencia no viene fácilmente cuando trae en su estela una carga adicional y una mayor exposición a los juicios de los pares profesionales.

Apéndice: Los principales aspectos conceptuales y analíticos del diseño.

Marco conceptual. Expone los factores, constructos o variables clave y las presuntas relaciones entre ellos. Hemos argüido que los despliegues gráficos de variables principales conectadas por flechas direccionales que especifican relaciones intervariables son útiles para clarificar el marco del investigador (Miles y Huberman, 1994). Los marcos conceptuales, aún en un diseño “estrecho” son normalmente iterados durante la vida del estudio.

Preguntas de investigación. Un conjunto de preguntas definidas (no necesariamente hipótesis) representa las facetas de una esfera empírica que el investigador quiere explorar, estableciendo prioridades y focos de atención y excluyendo una serie de temas no estudiados. Pueden ser definidas causal o no causalmente y pueden tener que ver con asuntos de investigación, plan de acción, evaluación o manejo (N. L. Smith, 1981, 1987; ver también la aplicación de Dillon [1984] de esquemas alternativos sobre una muestra de más de 900 preguntas de investigación). Generalmente representan una operacionalización más detallada del marco conceptual del estudio.

Definición de casos. Esencialmente, un “caso” es un fenómeno de alguna clase que ocurre en un contexto limitado – la unidad de análisis, en efecto. Normalmente, hay un foco de atención y una frontera más o menos definida temporal, social y/o físicamente (por ejemplo, un paciente de cirugía de bypass, antes, durante y seis meses después de la operación, en el contexto de su familia y del hospital). Focos y fronteras pueden ser definidos según el tamaño de la unidad social (un individuo, un rol, un pequeño grupo, una organización, comunidad, nación), según su localización espacial, o temporalmente (un episodio, un evento, un día). Los casos pueden tener subcasos incorporados (Yin, 1984). Como con los otros aspectos conceptuales del diseño de estudio, la definición del “caso” es una opción fuertemente analítica y selectiva en cuanto a los datos, ya sea que sólo uno o múltiples casos estén en juego.

Muestreo. Las opciones sobre muestreo dentro y entre casos son poderosamente determinantes de cuáles datos serán considerados y utilizados para el análisis. Los investigadores cuantitativos a menudo piensan aleatoriamente, estadísticamente, y en

términos de selecciones de caso descontextualizadas. Los investigadores cualitativos deben característicamente pensar en el muestreo en forma intencionada y conceptual (ver Miles y Huberman, 1994, para sugerencias específicas).

Por otra parte, dentro de cada caso (aún cuando el caso es un individuo) el investigador debe muestrear una intrincada variedad de actividades, procesos, eventos, localizaciones y tiempos (Bogdan y Biklen, 1982; Lofland y Lofland, 1984; Schwartzman y Werner, 1990; Woods, 1979); tales elecciones están conducidas por una preocupación por la “representatividad”. Las elecciones de muestreo también típicamente evolucionan por medio de sucesivas olas de recolección de datos. Esto es también cierto para el muestreo de casos cruzados. Nuevamente aquí, el tema no es tanto la búsqueda de generalizabilidad convencional, sino más bien una comprensión de las condiciones bajo las cuales aparece y opera un hallazgo: cómo, dónde, cuándo y por qué sigue como lo hace. Múltiples casos son especialmente importantes como “grupos de comparación” (Glaser y Strauss, 1970); también permiten una estrategia de “replicación” (Yin, 1991), donde los hallazgos de casos único son sucesivamente puestos a prueba en una serie siguiente de casos. Cuando múltiples casos son ordenados a lo largo de una dimensión clave, las explicaciones poderosas son más probables (ver Eisenhardt, 1989, para un ejemplo preciso).

Instrumentación. Otros capítulos de este volumen tratan explícitamente este tema, pero unas pocas observaciones, desde nuestro enfoque, están en regla. El asunto general, tal como fue expuesto por Warner (1991) es éste: cómo podemos maximizar la validez contextual teórica y descriptiva, asegurarnos de que nuestras interpretaciones se conectan con las experiencias vividas por la gente, y minimizar el impacto del investigador? Las respuestas, pensamos, siempre yacen en la dirección de la instrumentación mínimamente pre diseñada.

Similarmente, cómo podemos incrementar la validez interna, la generalizabilidad a otros casos y escenarios, sin mencionar la mera manejabilidad de la recolección de datos? También aquí las respuestas nos llevan hacia una instrumentación más completamente pre diseñada.

Nota

1. Esta es una distinción crucial, y ha sido tratada de varias maneras. Para tratamientos recientes, ver Maxwell y Miller (1992) y Runkel (1990).